

**Raheb, V. (Ed.) (2012). *Latin Americans with Palestinian Roots*. Belén:
Diyar Publisher**

Roberto Durán S.*

Instituto de Ciencia Política. Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile.

Hay variados estudios y ensayos referidos a la diáspora palestina en diferentes lugares del mundo. Parte importante de estos se enmarcan históricamente a partir del éxodo de algunas comunidades árabes sometidas al Imperio otomano en diversas regiones del Levante mediterráneo entre el último cuarto del siglo XIX y principios del XX. Otra cantidad no menor de esta lista se origina en la migración de grupos y comunidades árabes al aprobarse la Resolución 181 de la Asamblea General de Naciones Unidas en noviembre de 1947, la cual estableció la partición de la entonces Palestina. Tal desmembramiento y la creación del Estado de Israel implicaron la forzada migración de ingentes colectividades palestinas de esa región, hecho que continúa siendo uno de los efectos más visibles del largo conflicto palestino-israelí.

Ahora bien, son escasas las publicaciones alusivas a la migración de aquellas comunidades palestinas que abandonaron su territorio natal desde la segunda mitad del siglo XIX, proceso que siguió su curso en la primera década del siglo pasado y durante la administración británica de Palestina entre 1917 y 1948. Son datos rigurosamente indagados en el segundo capítulo del libro que comentamos. Como lo destaca Adnan A. Musallam, el número de migrantes de origen sirio, palestino, libaneses y propiamente turcos en el continente americano entre los años 1860 y 1914 rondaba el millón de personas, al tenor de datos recogidos en oficinas gubernamentales y consulados del Imperio otomano en Nueva York, Chicago, Río de Janeiro, Santos y Buenos Aires. Según Musallam

* Bachiller en Economía, Universidad Católica de Friburgo, Suiza. Master en sociología y estudios del desarrollo, Instituto Latinoamericano de Doctrinas y Estudios Sociales (ILADES)/Universidad Católica de Lovaina, Santiago de Chile/Bélgica. Licenciado en ciencias políticas, Universidad de Ginebra. DES en ciencia política, IUHEI-Universidad de Ginebra. Instituto de Ciencia Política. Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: rduran@uc.cl

y otros autores, la información escrita y oral compilada en las más importantes comunidades árabes migrantes en el continente americano corroborarían estas estimaciones.

Este mismo autor destaca que durante la primera guerra mundial, una proporción importante de grupos y familias palestinas se instalaron en países centroamericanos. Ciertamente, fueron las estrecheces económicas y los horrores de la conflagración las razones invocadas para emigrar, pero es interesante observar que en la mayoría de estos grupos siempre primó la idea que se trataba de una decisión temporal, no necesariamente definitiva. En otras palabras, el regreso a su lugar de origen estuvo siempre presente en estos emigrantes y una vez terminado el conflicto, varios de estos planeaban su regreso a Palestina, como lo señala el Musallam.

Pero la situación política en esa región había cambiado sustancialmente con la llegada de la administración británica desde 1917. Habiendo pasado varios años del término de la primera guerra mundial, el Gobierno y la diplomacia del Reino Unido estaban crecientemente presionados por los requerimientos de varias comunidades judías en Europa respecto de allanar las condiciones de ingreso de sus miembros a territorio palestino. Ello se condecía con la Declaración Balfour de 1917 mediante la cual el Gobierno británico se comprometía a crear las condiciones de un hogar nacional judío en Palestina. El problema consistió en que las dificultades presentadas por la administración británica para con los inmigrantes judíos también se aplicaron a los palestinos que deseaban volver al terruño durante los años veinte y treinta de siglo pasado, especialmente quienes habían emigrado hacia América Central, tal cual lo indica Musallam. Por cierto, esta situación se agudizó notoriamente años después, al finalizar el conflicto mundial del período 1939-1945. Las presiones de la comunidad judía internacional aumentaron y el tratamiento de la administración británica con las comunidades árabes en Palestina se resquebrajó fuertemente. De manera clara, la ineficiente gobernabilidad de la administración británica en Palestina auguraba el aciago contexto regional que emergería a fines de los años cuarenta.

El capítulo de Roberto Marín-Guzmán resalta la capacidad de adaptación de los inmigrantes palestinos en Honduras, El Salvador y Nicaragua. Por lo pronto, se trataba de países que históricamente no habían recibido inmigrantes en el número y condición que se presentaban en los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial. Estas naciones estaban profundamente determinadas por estructuras y condiciones sumamente supeditadas a una estratificación social elitista y excluyente. Los sectores dominantes eran reticentes a la presencia de grupos culturales diferentes, más aún si estos configuraban un número apreciable de personas y familias. Como lo adelanta el autor, los recién llegados grupos palestinos fueron lentamente integrados por cuanto la mayoría de sus componentes eran católicos. Como en innumerables casos, la religión es una sustantiva variable interviniente en la relación causa-efecto que condiciona la percepción hacia nuevos grupos sociales, especialmente si estos son extranjeros. Aunque una total inclusión se consolida

después de varias generaciones, las convicciones religiosas compartidas siempre fueron –y probablemente continúan siendo– un elemento integrador.

El capítulo escrito por Nicole Saffie y Lorenzo Agar está dedicado a la llegada y exitosa asimilación de grupos palestinos en la sociedad chilena. Al igual que en Estados Unidos, Brasil y Argentina, los inmigrantes palestinos se asientan en Chile a fines del siglo XIX y durante las primeras décadas del siglo XX. Los viajes que emprendieron desde su lugar de origen duraban largos e interminables meses, habida cuenta de la enorme distancia geográfica y las difíciles condiciones en que los emprendían. Hay que considerar que casi todos los inmigrantes llegados a este país han estado siempre conscientes del riesgo que implicaba aventurarse –literalmente– en un viaje hacia el fin del mundo, que consistía en una verdadera *compte à rebours*¹. Como sucediera en los países centroamericanos, el factor religioso fue un mecanismo que los acercó enormemente a la sociedad chilena. No necesariamente todos eran católicos romanos, los había también católicos ortodoxos. Pero la común raigambre cristiana los aproximó positivamente a los habitantes del país que recién conocían. Más tarde, tal cual lo demuestran los datos de Saffie y Agar, ello facilitó las condiciones de los muchos matrimonios mixtos que hubo desde fines de los años cincuenta del siglo pasado. Esa tendencia se fortaleció en las décadas siguientes y está firmemente consolidada en la sociedad chilena de hoy en día.

El ejercicio del comercio y el desarrollo empresarial dieron cuenta del talento y reciedumbre de la comunidad palestina. Sus empresas incrementaron la oferta de empleo durante varias décadas y jugaron un rol primordial en la modernización del comercio y derivados de la economía chilena. Como lo fundamentan ambos autores, durante la segunda y tercera generación los miembros de esta comunidad accedieron a las más prestigiadas profesiones y ocupaciones técnicas, además de una connotada presencia en el mundo político, intelectual y político. Aunque los grupos palestinos continúan manteniendo su identidad cultural primigenia, su integración en la sociedad chilena está plenamente robustecida. Actualmente, Chile es en proporción el país que aglomera la mayor cantidad de descendientes palestinos en el mundo.

1 Cuenta regresiva.